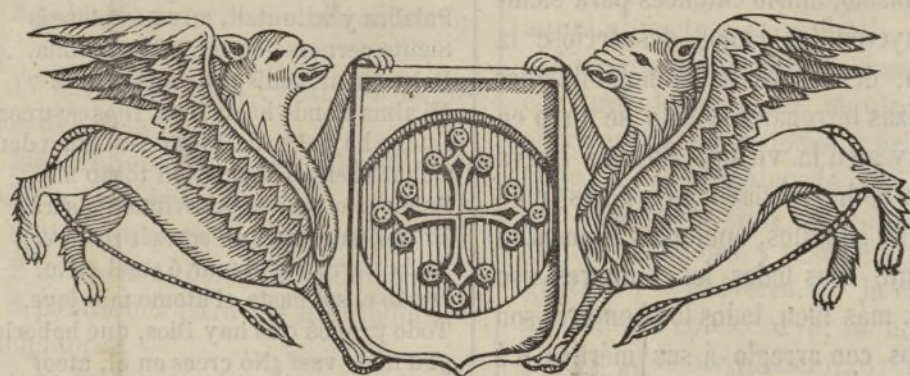


EL FARO BISBALENSE.



ESTABLECIMIENTO
tipográfico y editorial
DE DON ANTONIO DE TORRES.

Redaccion calle del Puig, n.º 43.

Administracion plaza del Cas-
tillo núm. 25.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

En La Bisbal 10 rs. trimestre.
En los demás puntos del rei-
no 12. Franco de porte.
Ultramar y extranjero 20.

Remitidos, anuncios, avisos,
etc., línea. 4 rl.
Suscritores. 1/2.
Insértese ó no, no se devuelve
ningun original.

PERIODICO SEMANAL, CIENTIFICO, LITERARIO Y DE MODAS.

Advertencia.

Terminado el último trimestre en 30 del pasado, continuaremos como á suscritores á los que por toda esta semana no hayan manifestado determinacion contraria en las oficinas de esta Administracion.

Rogamos tambien á los señores de fuera que no hayan satisfecho la suscripcion se sirvan verificarlo si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

Discurso de D. Narciso Planas y Gispert leído en la Academia de Buenas Letras de Barcelona, en la sesion del dia 23 de mayo de 1848.

(Conclusion.)

Sólo reflexionando sobre el estado de la sociedad antes de la venida del Mesías, es como puede apreciarse el cambio que en ella produjo el cristianismo. ¡Qué ceguedad! qué barbarie! qué embrutecimiento! Las naciones más civilizadas, los caldeos, los egipcios, los fenicios, los griegos y romanos eran los más ignorantes en punto de religion. Sus fábulas groseras, llenas de obscenidades, de sandeces é impertinencias, quitaban todo respeto á las cosas divinas, y su culto no era mas que una continua profanacion del nombre de Dios. Los amores, las crueldades, los celos y demás excesos que atribuian á los dioses, eran objeto de sus fiestas, de sus sacrificios, de los himnos con que se les celebraba, y de las pinturas con que se decoraban sus templos, lo que equivalia á ensalzar el crimen, y reconocerlo como necesario para el culto de la divinidad. ¿Y quién pudiera referir, sin ruborizarse, las liviandades y abominaciones de toda clase, que en Grecia y Roma se cometian en las fiestas de Venus y Flora, de Baco y de Priapo? Cuando leemos los honores que se tributaban á aquella diosa, y las prostituciones establecidas

para adorarla, quisiéramos que se borrasen esos padrones de infamia, siquiera por el honor de la humanidad. La Grecia, la más culta y sabia de todas las naciones, habia recibido aquellos misterios abominables, y los gobiernos, lo mismo que los particulares, solian en sus apuros consagrar á Venus algunas cortesanas, sin que nadie se avergonzase de atribuir el logro de sus votos á la intercesion de aquellas prostitutas. Despues de la derrota de Xerxes y de sus formidables ejércitos, colocóse un gran cuadro en su templo, representando una procesion de sus cortesanas, con la siguiente inscripcion: «Estas han rogado á la diosa Venus que por amor á ellas ha salvado la Grecia.»

¡Qué vértigo tan fatal padecería la razon humana, cuando la salvacion de una nacion se atribuia á una estatua impúdica por amor á unas mujeres disolutas? Solon ¡quién lo creyera! el mismo Solon erigió en Atenas un templo al amor impúdico, y cuando la Grecia estaba llena de templos consagrados á este dios, el amor honesto, el amor conyugal no tenia ninguno. Platon, que en su Utopia prohibe beber con exceso, exceptua las fiestas de Baco en honor de este dios. Aristóteles, despues de reprender severamente en su política las pinturas indecentes, hace asimismo una excepcion á favor de las de los dioses que querian ser honrados de este modo infame. El mismo Platon, que veia á la Grecia y demás naciones tributar á la divinidad un culto insensato y escandaloso, sienta como fundamento de su república: «que nunca se debe cambiar nada de la religion que se halla establecida, y que es una temeridad el intentarlo.» Este gran filósofo habia ciertamente llegado á conocer el verdadero Dios, autor y criador del universo, pero se guardaba bien de declararlo al pueblo, como de una cosa prohibida, y así es que el mismo Sócrates, acusado de adorar otros dioses de los que adoraba el vulgo, lejos de confesarlo, se justificaba de este cargo como de un crimen.

¡En qué abismo de tinieblas habia caído el género humano que no podia soportar la menor idea del verdadero Dios! Atenas, la más hermosa y la más culta de las ciudades de la Grecia, tenia por ateos á los que trataban de asuntos espirituales, y esta fué una de las razones porque hizo condenar á Sócrates. Si algunos filósofos se atrevian á enseñar que las estatuas no eran dioses tales como el vulgo los creia, no solo se les obligaba á retractarse por sentencia del Areopago, sino que se les desterraba además como impíos. La tierra toda estaba poseida del mismo error, y la verdad no osaba manifestarse. Los vicios más execrables, los animales más inmundos, los hombres más perversos, el mismo parricida Neron tenia templos y altares, y el Dios justo y benéfico, el supremo autor y hacedor del mundo no tenia ninguno sino es en Jerusalem.

¿Y qué diremos de aquellos sangrientos espectáculos de gladiadores con que Roma creia honrar á sus dioses, y divertia al pueblo? ¿Qué horrible no seria este pueblo que se solazaba mirando como se derramaba á torrentes la sangre humana? Diez y nueve mil hombres viéronse degollar unos á otros, segun refiere Tácito, sobre el lago Fucino en tiempo de Claudio, para divertir aquel feroz populacho, y antes de llegar á las manos los combatientes, tuvieron todavia la bajeza de saludar al emperador, clamando: *Ave imperator, morituri te salutant*. La extincion absoluta del sentimiento moral, que reduce al hombre al instinto del bruto, daba á los gladiadores aquella facilidad para morir, y á los espectadores aquella insensibilidad y bárbara delicadeza, que les hacia notar si el gladiador herido caia con decoro, y exhalaba con gracia el último aliento.

Testigo Juvenal del carácter cruel de los romanos, y de la mísera condicion de los esclavos, los ridiculiza en su sátira sexta con estos versos:

Pone cruce[m] servo.—Meruit quo crimine servus
Supplicium? quis testis adest? quis delitit? audi:
Nulla umquam de morte hominis cunctatio longa est:—

O demens, ita servus homo est? Nil fecerit, esto:
Hoc volo, sic jubeo, stat pro ratione voluntas (1).

¿Y cuántos ejemplos de crueldad, ferocidad y bajeza no ofrece la historia romana? No intentaré referirlos. Sabidas son aquellas acciones tan villanas como cobardes de los tiempos de Galba, Vite-lío, Domiciano y Cómodo, que por más que se lean siempre causan asombro. Sabido es que Calígula, mientras que llegaba la celebracion de los juegos del circo, mantenía á los leones con carne humana. Sabido es que Tito, para celebrar la memoria de su padre Vespaciano, arrojó tres mil judíos á las fieras para que los devorasen, y que Plauciano, ministro de Severo, con motivo de haber casado su hija con el primogénito del emperador, hizo mutilar á cien romanos libres, de los cuales algunos eran casados y padres de familia, á fin de que su hija tuviese eunucos dignos de una Reina del Oriente; y sabidas, por fin, son las apoteosis con que se deificaban los más crueles tiranos.

Tal era la sociedad, tales las costumbres, tales las creencias y sentimientos de Grecia y Roma antes de la venida de Cristo, y ciertamente que no eran más ilustradas y humanitarias las demás naciones. ¿Quién emprendiera adoctrinarlas y civilizarlas? ¿Quién tuviera suficiente valor para predicar el dogma de la existencia de un Dios infinitamente justo y benéfico, de un Dios único, que premia al humilde y castiga al orgulloso, en unos tiempos en que la humildad era una bajeza y una virtud el orgullo, y en que, segun feliz expresion de Bossuet: *todo era Dios menos el verdadero Dios*? Ya hemos visto cuan fácilmente transigian con el vicio y con la supersticion los más grandes filósofos de la Grecia, y así es que en su apología de Sócrates decía Platon: «A menos que á Dios no plaz-» ca enviarnos alguno para instruirnos de

(1) Crucifica al esclavo.—¿Por qué crimen merece el suplicio? ¿Dónde están los testigos? ¿Quién le ha delatado? Atiendo: nunca es larga la mayor dilacion cuando se trata de la muerte de un hombre.—¡Oh necio! ¿Por ventura es hombre el esclavo? Y aunque lo fuera, insisto en lo mismo. Esto quiero, esto mando: para suplir la razon basta mi voluntad.

»su parte, jamás os prometáis acierto en el designio de reformar las costumbres de los hombres.» Y en otra parte, después de haber probado que la piedad es la cosa que más se desca en el mundo, añade: «pero, quién fuera capaz de enseñarla si Dios no le sirviese de guía?»

Los filósofos de Roma eran todavía más cobardes. Conoce Cicerón la farsa de los augurios, pero se contenta con reírse de ellos en secreto con sus amigos. El grave Catón asiste á las prostituciones de los juegos de Flora; Séneca disculpa el parricidio de Nerón; Burrho lo alaba, y todos queman incienso á los ídolos. Los Antoninos y Marco Aurelios que se propusieron corregir aquella espantosa corrupción de costumbres ¿qué consiguieron? Nada: sólo Dios podía hacerlo. Cuando las tinieblas se hubieron extendido por toda la tierra, cuando en la misma Judea la secta de los fariseos hubo falseado el espíritu de la ley, y sustituido al culto una multitud de ceremonias supersticiosas, cuando la corrupción y el escándalo llegaron á su colmo, se compadece Dios del género humano, y su infinita bondad resuelve salvarle. Con este fin viene Jesucristo al mundo: enseña, prueba su misión, muere, y queda el hombre redimido é ilustrado.

Cuanto se diga sobre la importancia, la grandeza y las maravillas de este suceso será siempre poco. El cristianismo cortó, por decirlo así, la sociedad antigua: él formó de nuevo al hombre, regenerando su corazón, revelando las verdades religiosas y morales, corrigiendo todos los errores y extravíos de la antigüedad pagana, elevando la dignidad humana hasta un punto desconocido y difícil de comprender. Todas las grandezas de los bellos días de Grecia y Roma, todas las virtudes severas, la impasibilidad de los estoicos, desaparecen y se borran ante los nuevos hombres creados por el cristianismo. Jamás se había dado un paso tan gigantesco en la carrera del bien y de la virtud: es que Dios en lo infinito de su bondad se había dignado bajar sobre la tierra para dirigir é iluminar al hombre. Entonces desaparecieron las tinieblas que hasta allí reinaban. El corazón del hombre se regeneró; su entendimiento quedó libre de errores y comprendió mejor; y su cuerpo se purificó de las manchas que tenía. Hubo una verdadera revolución, pero cual el mundo jamás había visto, ni volverá á ver: no se trataba de dar ni quitar riquezas, de distribuir los imperios, ni las dignidades, de disputar el gobierno de la tierra. Más noble, pura y santa fué su misión: se comenzó por la verdadera base, por lo que es más importante en el hombre, por cambiar su naturaleza moral. No se balagaron las pasiones, ni las inclinaciones bastardas: se recomendó á todos la pureza y bondad de corazón, el amor de Dios y de la virtud, el sacrificio de todo lo que es personal, la práctica de la caridad, la tolerancia con las debilidades del prójimo,

y el ejercicio de sublimes y santas acciones. Era formar una nueva humanidad, que no se dirigía á la conquista material del mundo, sino á la moral, á crear nuevas virtudes, nuevas ideas y nuevos pueblos. La antigüedad con su carácter mezquino y restrictivo, con sus casi salvajes virtudes, con su grosero materialismo, murió entonces para siempre. Cayeron los ídolos, desprecióse la materia, desdenáronse las notabilidades y riquezas terrenales, y sólo se tuvo en cuenta y amó la virtud. En esta nueva religión no hay esclavos ni señores, monarcas ni súbditos, opulentos ni mendigos: ante Dios todos los hombres son iguales: más bien, todos los hombres son juzgados con arreglo á sus méritos y á sus virtudes. Se proclamó la igualdad moral, y el sér abyecto y despreciado del mundo podía ser el primero á los ojos de Dios. Era una idea nueva y fecunda que trastornaba toda la constitución moral del mundo antiguo. No defendía en verdad el cristianismo la igualdad política, no destruía las diferencias y relaciones sociales, ni sancionaba invasiones violentas en el orden político: todo se respetaba, porque Dios había pronunciado aquellas sublimes palabras, *Mi reino no es de este mundo*; pero al mismo tiempo toda la organización antigua desaparecía, porque los hombres ya no valían sino por sus virtudes, y no por las cualidades aparentes que la sociedad estimaba.

Tal fué el cambio radical que sufrió la sociedad con la promulgación del cristianismo, tan bien descrito por la elocuente pluma del señor Gonzalo Morón (1). Las consecuencias que de aquí se han seguido son inmensas, así como son inapreciables los beneficios que ha reportado la humanidad; pero no es mi objeto exponerlos, ni por otra parte me lo permitiera lo grande de la empresa bastante superior á mis fuerzas. Bástame la ligera reseña que he hecho de las creencias y costumbres de la sociedad pagana, para que pueda cualquiera juzgar si la desmoralización é ignorancia de los pueblos cristianos, por grandes que sean, pueden compararse con la depravación y superstición de los antiguos griegos y romanos y demás idólatras. Bástame haber demostrado que el cristianismo no es enemigo del saber, y finalmente el haber probado que tampoco perjudica á la poesía. Lo primero es una calumnia atroz que rechazan los sabios más eminentes que ha conocido el mundo; lo segundo es un error craso que desvanecen las obras inmortales de tantos inspirados vates, que han cantado las glorias y grandeza de nuestra religión divina.

N. P. y G

Sección literaria.

DIOS.

Porque no ves á Dios ¿no crees, ateo?

(1) Ensayo sobre las sociedades antiguas y modernas, págs. 16 y 17.

Yo creo en él porque do quier le veo.

Ciego nacer debiste

Puesto que dices que jamás le has visto;

Yo, aunque jamás le viera, de que existe

Tendría convicción, porque yo existo;

Y mi sola existencia

Me revela su Sér y Omnipotencia.

Probarme que no le hay te es imposible;

Luego que existe Dios es infalible.

Esta alma oculta que mi cuerpo anima,

Que le dá movimiento, inteligencia,

Palabra y voluntad, cuya existencia

Siento cernerse de mi polvo encima,

Debe ser una chispa de su esencia:

Mi alma tiende hácia Dios, Dios es su centro:

Luego hay algo de Dios de mi alma dentro.

Cuanto dentro de mí y en torno mío

Suena con voz, con movimiento gira,

Brota con germen ó con sér respira

En la tierra, en el mar ó en el cielo,

Desde el sol hasta el átomo más leve,

Todo prueba que hay Dios, que haberle de-

¿Tú no lo ves? ¿No crees en él, ateo? (be.

Te compadezco, porque soy tu amigo

Por ser tu hermano en Dios; mas ven con-

Ven el libro á leer en que yo leo (migo,

La existencia de Dios; si no consigo

Que tú le veas donde yo le veo

Y que creas en él como yo creo,

Renunciaré á la fe que en él abrigo.

I.

Ateo, ¿crees en tí, ¿tienes conciencia

De que tienes un cuerpo que respira,

Que oye, que vé, que siente la existencia

Material? ¿A tu cuerpo crees que inspira

Otra oculta incorpórea inteligencia

La voluntad que con tu cuerpo gira,

Piensa, quiere, ama, odia, cree y razona?

En fin, ¿crees ó no crees en tu persona?

Si, porque es imposible que no creas

Que vives, que tu espíritu en tí existe;

Y que un alma hay en tí fuerza es que veas,

Puesto que tú á tí mismo no te hiciste;

Y pues tú no has podido hacer que seas

Por tí, hay alguno por quien hecho fuiste;

Si tú sér por sí mismo sér no sabe

Quién del sér de tú sér tiene llave?

Alguien te dió el espíritu que tienes,

El alma noble que tu cuerpo anima.

Y ese sér superior de quien tú vienes,

Para que en tu alma espiritual imprima

La inteligencia que en tú sér mantienes,

De tú sér es preciso que esté encima,

Que una esencia que tú sea mas pura;

Pues él es Criador, tú criatura.

Y ¿quién mayor que tú, rey de la tierra,

Que la visible creación dominas,

Que sondas los misterios que en sí encierra,

Que el curso de los astros examinas,

A cuya mano señorial no cierra

Ni el mar sus senos, ni el peñón sus minas,

Y ante quien solo está, tras de su velo

De impenetrable azul, cerrado el cielo?

Y allí ¿qué puede haber mas que esa esen-

De quien dependes tú, el Sér perfecto, (cia

El Criador, la suma Omnipotencia,

La causa de quien eres el efecto,

Dios, en fin, de quien prueba la existencia

Tu sér, mezquino de su Sér respecto:

Dios, el gran Sér de quien tú sér huiste?

Luego si existes tú, tu Dios existe.

Con qué, si crees en tí, cree en Dios, ateo;

Yo creí siempre en Dios, porque en mí creo.

II.

¿No crees aun? Pues mientes ó te engañas

Cerrando á mis razones los oídos,

Juzgándolas sofismas ó patrañas

Por fiarte no mas de tus sentidos;

Mas voy á remover en tus entrañas

Sentimientos que tienes escondidos

En ellas, donde aun hasta estas horas,

No has osado mirar, si los ignoras.

¿Has visto algun cadáver en tu vida?

¿Has pensado por qué la carne inerte,

La materia del alma desprendida

Se disuelve en las manos de la muerte?

Su parte espiritual, ¿adónde es ida?

¿Quién rompe union al parecer tan fuerte?

Si tal viste una vez, afirmar puedo

Que ante pregunta tal tuviste miedo.

¿Te hallaste alguna vez en las tinieblas,

Entre ese lóbrego, impalpable,

Cuyos pliegues múltiples de nieblas

Tupen la oscuridad impenetrable?

Su lobreguez, que de quimeras pueblas

Por un instinto interno, inesplicable,

Con su tiniebla que vacía estaba

¿Por qué te dió pavor? ¿quién te le daba?

¿Qué había en el cadáver arrancado?

De su espíritu ya, qué es lo que había

Para tener el tuyo amedrentado

En la desierta oscuridad vacía?

Detrás de aquel cadáver olvidado

Y en aquellas tinieblas se escondía

La presencia de Dios, y su presencia

Te probaba temblando tu conciencia.

Juez severo, tenaz, incorruptible

Que en nuestro propio corazón se esconde,

A quien la acción mas leve reprehensible

Juzgar de nuestra vida corresponde:

Voz que dentro del alma habla invisible

Y que sin preguntarla nos responde,

La conciencia nos prueba eternamente

La existencia de Dios, siempre presente.

III.

Oye la voz de tu conciencia, ateo,

Y crearás como yo, que la oigo y creo.

El mundo es una máquina: mas tiene

Una fuerza motriz que en él impresa

Desde su creación, obrando viene

Con regularidad que nunca cesa;

Jamás su movimiento se detiene

Ni obstáculo jamás se le atraviesa.

¿Quién le infunde esa fuerza inestinguible?

¿Se la da él así mismo? Es imposible.

Todo en él es cáduco, deleznable;

Todo comienza en él, pasa y concluye;

No hay parte de existencia perdurable

De las con que su todo constituye;

Y esa fuerza motriz, infatigable,

Que se la imprime otro poder arguye,

Incrementado no es: su sér interno

En sí mismo no tiene: fuera eterno.

Y que eterno no es, es cosa clara

Pues cuanto nace en él pasa y perece,

Deslumbradora, incomprensible, rara,

Su máquina que nunca se entorpece,

Que jamás se equivoca ni se para,

Tan solo como máquina aparece;

Mas en el sér de máquina se implica

El sér de un constructor que la fabrica.

Máquina y constructor á un tiempo mismo

No puede ser, ni aun tiempo criatura

Y criador. Sé lógico, ateísmo,

Y salir de este dedalo procura;

Mas cuenta que tras él se abre otro abismo.

Trás las mil maravillas de su hechura,

La creación, que encierra tanto hechizo

¿Qué tiene? Un criador, que es quien la hizo.

Máquina ó criatura, es evidente

Que autor ó creador fuerza es que tenga

Que, á ella superior é inteligente,

Su mecanismo material sostenga;

Y este sér, superior, omnipotente

Tiene que ser, pues ser quien la mantenga

No puede material como su obra:

Con que ó le falta un Dios ó el mundo sobra.

(Se continuará.)

Variedades.

ROMA ANTIGUA.

César Cantú ha recogido las inscripciones antiguas de los tiempos de los emperadores Valente y Valenti-

niano; ha examinado con tranquilidad los escritos de Amiano Marcelino y otros clásicos de la decadencia, únicas fuentes en que pueden encontrarse los detalles que él necesitaba, y con estos datos y documentos particulares de los archivos italianos, ha logrado darnos una descripción muy estimable de la ciudad reina del mundo. Sólo el que se ha mortificado mucho en los estudios de la antigüedad, sabe lo difícil que es una empresa semejante, y el agradecimiento que merece un trabajo que nos pone en el caso de apreciar menudamente la civilización antigua.

¿Qué son hoy nuestras capitales al lado de Roma si se juzgan sólo por su tamaño? Londres con su actual extensión y población ¿qué es? Londres tiene 1.350.000 almas. Roma tenía 3.000.000 de habitantes, cuando menos, y trece millas de circunferencia. Tenía también:

37 puertas en sus murallas con otros tantos arrabales.

7 puentes sobre el Tiber.

27 calles de primer orden, calles de aquel tiempo, verdaderas ciudades.

8 campos de ejercicios.

17 plazas, sin contar las demás calles ni plazuelas.

19 acueductos, inmensos puentes que igualaban el terreno intermedio de montaña y montaña para conducir las aguas de 1,852 fuentes públi-

cas. Estos acueductos permitían un barco en el caudal de sus aguas, que iban desde una distancia de 40 millas. Había:

2 capitolios ó grandes capitolios nacionales.

423 templos, entre ellos algunos de riqueza increíble.

14 bosques sagrados.

3 palacios para el Senado solamente.

17 basílicas para tratar los negocios del Estado.

29 bibliotecas, gran depósito de toda la ciencia antigua.

8 círculos para recreo público.

2 anfiteatros con el mismo objeto

6 palanques para los gladiadores ó luchadores.

5 naumaquias ó estanques para el estudio de la navegación.

16 thermas ó baños públicos con 856 baños.

El teatro de Morcelo, como el de Balbo, permitía 30.000 espectadores; el de Pompeyo 40.000. El gran circo era mayor que todos. Las thermas ó baños de Diocleciano ponían á disposición del público mas de 3.000 pilas de mármol. También había: 45.602 casas particulares, con toda la extensión que daban los ramos á tales edificios.

1.780 palacios de 70 pies de elevación, divididos en 484 barrios.

254 molinos harineros.

268 almacenes ó alhóndigas.

400 cloacas para el servicio públi-

co, cuya sola limpieza costaba cada vez 1.000 talentos.

Sin embargo, aquella ciudad consumida por el vicio y ahogada por su propia mole, era la escuela del desorden. Era preciso agotar los productos de todas las provincias del imperio para mantener aquel lujo de la clase aristocrática y la holgazanería de aquel abyecto populacho.

Un senador al salir de casa llevaba consigo al menos un séquito de 800 entre esclavos, bufones y criados; su traje se combinaba de una manera que dejase ver toda su complicación de tejidos de oro y plata con que negaban la pedrería. Y la ciudad se arruinó, el coloso cayó; no nos admiramos: ¿qué otros enemigos mas que estos necesitaba para desaparecer de la superficie de la tierra?

Gaceta.

Tropezon mayúsculo —De tal calificamos el que dió uno de los coches de la carrera de Gerona á Palamós, en medio de la magnífica carretera nueva que termina en el último citado punto, sobre las ocho y cuarto de la noche de un día de la pasada semana.

Esto que á primera vista parece bastante incomprensible, se explica perfectamente bien con solo decir que unos carreteros tuvieron la peregrina ocurrencia de obstruir todo el ancho de la dicha carretera con el descargamiento de dos carros de gruesas piedras berroqueñas.

El coche de las ocho y cuarto de la noche que todos los días sale de esta al galope, á despecho de los bandos de buen gobierno, (verdad es que no los conocemos) llegado á un tiro de fusil del punto de partida, experimentó una violenta sacudida apenas las ruedas salvaron las primeras piedras: fué tanta la fuerza de esta, que el pobre zagal, perdiendo el equilibrio, vino á caer debajo las ruedas, no lastimándose afortunadamente de cuidado, pues si no estamos mal informados, solo sufrió alguna leve contusión, suficiente, sin embargo, para obligarle á guardar cama: los caballos de tronco padecieron bastante, en particular uno de ellos que cayó pegándose un serio rodillazo.

Nada decimos del susto de los viajeros: las exclamaciones de estos, los ayes del zagal y los gritos del conductor atrajeron instantáneamente á casi todos los vecinos de la carretera, quienes aunaron sus esfuerzos para salvar al infeliz caído de la crítica situación en que se encontraba.

Como á más de estar lloviendo, la noche se presentaba oscura como boca de lobo, y en esta villa no conocemos el alumbrado público, los vecinos tuvieron el acertado pensamiento de sacar algunas luces, lo que hizo que se simplificaran mucho los trabajos de salvamento.

Ignoramos la providencia que la Sra. Autoridad local, á cuyo primer teniente de Alcalde vimos en el sitio de la ocurrencia, presumimos habrá tomado á consecuencia de lo sucedido; pero nosotros respetando la que esta haya sido, hubiéramos aplicado, previo el correspondiente juicio de faltas, tres multas bastante crecidas á fin y objeto de saludable escarmiento.

Una á la empresa de los coches por correr dentro la población.

Otra al dueño de las piedras por no haber puesto la correspondiente luz.

— 4 —

empeño en querer dar lecciones á quien os recuerda, que sois los primeros en rebajar é insultar la clase proletaria arruinándolos para desterrar la honrosa chaqueta que resisten vuestros iguales.

Creerán los *varios socios* que no hallo un punto de comparación para SS.^{as}? ¡Oh, no! Por una razón muy sencilla ¿de qué talante será el animal que no comprende al mismo asno?

Antes de juzgar sobre la delicadeza de mi lenguaje, suplico á mis lectores que se dignen leer el escrito titulado «*Cuatro palabras á D. Fulvio Caracciolo*» después de lo cual estoy seguro de merecer su indulgencia.

No hubiera contestado, porque no vengo obligado á dar explicaciones sobre algunas materias á las que han tenido á bien contestar antes de haberlo comprendido, rareza que ha producido el insulto y la mordacidad en lugar de razones claras y convincentes para refutar algunos párrafos de los Folletines núms. 66 y 68; pero lo hago para convencer á nuestros amables suscriptores de que á los escritores al «Faro Bisbalense» no les impulsa el espíritu de partido, el odio ni las rivalidades causa de tantas rencillas; y si solo, un deseo de progreso en la moral, las ciencias y las artes.

Conocen demasiado bien el fundamento y las bases de toda escala social.

Comprenden mejor el origen y la necesidad de la diferencia de clases; respetan y aprecian mas, la utilidad, las costumbres y el mérito de todas ellas, para alimentar la mas leve prevención contra alguna determinada; y pueden enseñar á sus contrincantes, cuando son del jaez de los *varios socios*, algo mas de educación que la que ellos demuestran en los escritos.

Si alguno tachase mi escrito de superficial y desordenado, tenga presente que al darle mas ó menos motivo para ello, estaba seguro de que circularía una hoja suelta bajo el epigrafe de «*Cinco palabras á los señores incógnitos*...» que ventilaría de un modo conciso, claro, terminante, algunos puntos que he debido omitir por la extensión del Folletín: supe esta noticia por conducto de la Redacción de este semanario que me hizo saber que un Tercero quería romper una lanza en pró de la justicia y el derecho que asistía al autor de los Folletines indignamente contestados por unos *pocos* ilusos.

Por último, diré á los señores encubiertos con el seudónimo *varios socios* que no he querido llamar la atención del público sobre mis escritos, sino sobre sus publicidades.

FULVIO CARACCILO.

FOLLETIN.

Quería principiar el folletín con una definición sobre la cual pensaba estenderme bastante, pero he visto una hoja suelta escrita sin sentido y delicadeza la que me obligará á expresarme en otros términos.

Si yo hubiera pensado que los *varios socios* fuesen tan propensos al escándalo les habría suplicado que me dejaran continuar mi escrito, que después lo consultasen con alguien que no fuese tan pobre de comprensión como sus señorías y entonces podían contestar si así lo juzgaban conveniente.

En el número 66 dije, y lo sostendré siempre, y delante de quien quieran, que la misión del periodista es: pasar no por la crítica sino por una justa censura, las acciones públicas que están sujetas á alguna reforma. Esto sin embargo no está bien para todos, porque nunca faltan algunos que á pesar de pertenecer á uno de esos partidos que á boca llena proclaman la libertad, exigen deberes de todo el mundo sin que ellos reconozcan ninguno. Creen tener permiso, amplia facultad para gritar, alborotar, criticar á derecha é izquierda; pero cuidado con rozar su delicada susceptibilidad, porque entonces se vuelven furiosos, insufribles, groseros, horripilantes, para plantearos un escrito mas mordaz que literario, mas insustancial que fundado, y por último, que atendida la poca aplicación que tiene con las materias del *nunca bien* ponderado escrito-folletín, es digno de figurar entre las diversiones públicas.

Una pregunta:

• ¿Dónde les aseguro, simpáticos *socios míos*, que soy hombre de capa y espada? Si alguno de Vds. conserva de tan preciosas alhajas recuerdos poéticos, históricos, gloriosos, puede guardarlos en su romántica imaginación sin temor de causarme el menor soplo de envidia, á menos que estas fueran originadas por alguna anécdota amorosa capaz de suministrar materia para un folletín.

En cuanto al adjetivo *Brillantes*, que tanto escuece á sus pretensiones artísticas, me veré obligado á manifestarles que el cajista no se equivocó sobre el carácter de letra que debía poner, pero si les aconsejaré, á fuer de

Y otra á los conductores de los carros por el talento con que los descargaron.

Tres eran tres
Las hijas de Elena

Males del periodismo.—Seria cuento de nunca acabar si espusiéramos lo que tiene que luchar el periodismo en provincias si ha de dár gusto á todos los que sostienen la publicación y las contrariedades que sufre el gacetillero.—¿Habla usted del pan?—Se borran de la lista de suscritores los panaderos.—Habla V. de aficionados convertidos motu proprio en artistas de carrera?—Dos cuartos de idem.—¿Se censura la construcción de ésta ó la otra obra?—Yatiene usted un amigo mas que dice que el periódico es insípido.—¿Dicese que la policía anda mal?—Cuidado me llamo.—¿Elogia usted alguna medida tomada por las autoridades?—Ya no sabe usted lo que escribe, y.... ¡mucho ojo!—¿Se dan á luz artículos de fondos y de interés general?—Nadie los lee.—¿Se insertan noticias?—El periódico se compone de tijera, dicen muchos.—¿Se quiera hablar sobre consumos, economía política, instrucción pública, ect.?—Las reclamaciones llueven, y los suscritores se quedan entonces con ganas de leer las noticias, ya sean locales, de provincia ó del extranjero.

Sin embargo, despues hay alguno que, enterado del asunto, dice que la cosa estaba escrita en tonto, dicho sea sin modestia.—Hasta aquí el gacetillero.—Con que otro talla y vamos á recogerlos.

Como documento histórico publicamos el inventario de los muebles y alhajas que fueron confiscados al Sr. D. Zenon de Somodevilla, marqués de la Ensenada, ministro de Hacienda, exonerado en 1754. Dice así:

Ochenta casacas guarnecidas, de invierno.

Noventa id., de verano.

Sesenta docenas de camisas.

Un sinnúmero de pañuelos, pares de medias y calzoncillos.

Noventa docenas de pares de medias de seda.

Mil cien chupas de invierno y verano.

Cien docenas de sábanas y fundas.

Ropa de mesa justipreciada en seis mil duros.

Colchones de pluma y lana en mil doscientos un duros.

Doce cajones de zapatos.

Diez espadines guarnecidos de diamantes.

Una bordadura de esmeraldas, valuada en doscientos ochenta mil duros.

Servicio de cocina en valor de cuatrocientos duros.

Menaje de casa en cuatrocientos ochenta duros.

Treinta y cinco coches y carrozas.

Nueve mil ciento veinte y cinco caballos, mulas, palafrenes y acémilas.

Sesenta aderezos de caballos.

Un San Antonio de oro venido de Portugal, su valor cuarenta mil duros.

Lámparas de oro y pedería, sesenta mil duros.

Otra idem venida de la india, cuarenta mil duros.

Sesenta relojes de oro esmaltado.

Cuarenta idem de plata.

Tres mil ciento veintecandeleros, bugías y palmatorias.

Diez y ocho velones de plata.

Uno id. de oro.

Sesenta veneras de diamantes.

Sesenta idem hechas en París, de pedrerías.

Cuarenta pares de hebillas de oro y diamantes.

Mil id. id. de plata y otros metales.

Cuarenta docenas de platos de oro.

Cuarenta id. de fuentes de id.

Sesenta cubiertos de id.

Mil pocillos de id. con sus platillos.

Mil platos y mil fuentes de plata.

Sesenta docenas de cubiertos de plata.

Treinta docenas de anillos de diamantes.

Y otra infinid de objetos de gran valor.

Sopla.—El Rey de Prusia, que se tiene por el Soberano más poderoso, no sólo de Alemania, sino de Europa, va á ser el protagonista en un incidente vulgarísimo, impropio de un monarca de sus ínfulas.

Segun dicen los periódicos extranjeros, Guillermo el Magno se propone citar á juicio de conciliación á los periódicos *El Memorial Diplomático* y *El Evenement*, por haber éstos dicho que se salió de la fonda de Praga, donde estuvo alojado, sin pagar la cuenta.

No puede ser más cómico el espectáculo. El autócrata de Berlin, que tuvo prosternadas ante sí á todas las testas coronadas de Alemania en la *cámara* real de Nkolsburgo, tendrá ahora que invocar el testimonio de un *camarero* para que le crean.—¿Qué rareza de contraste!

Habiendo tomado por texto de un sermón un predicador muy afamado este pasaje de la Biblia: He llamado á Noé; quedose parado un momento despues de haber repetido dos ó tres veces las mismas palabras. Creyó uno de los oyentes que el predicador esperaba una respuesta, y gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

—Si Noé no viene, llame V. á otro.

¡Moze! ¡Moze! ¡Moze!—Hace una hora que estoy llamando.

—¿Qué se ofrece señorito?

—¿Hay helados?

—Si señor: fresa, limon, naranja, mantecado...

—Aunque estoy sudando y no sé... Mira tráeme un vaso de agua.

—¿Sólo?

—No, con un plato.

MERCADO DE LA BISBAL DEL DIA 12

Trigo.	64 rs.
Mescladizo.	52 »
Habones.	52 »
Habas.	46 »
Arbejas.	44 »
Panizo.	40 »
Maiz.	40 »
Altramuces.	34 »
Cebada.	30 »
Mijo.	42 »
Avena.	26 »
Aceite el mallal	58 »

Charada.

(Léida y endevinada.)

Una noya sense *prima*
Es vianda sens *primera*;
Segona don borralxera
A 'n aquell que més l' estima
Tot, es nom d' un sant: pren nota
Que ja 'l tens ben explicat;
Si no l' has endevinat
Es que no hi entens pilota.

S.

(Solucion á la del número anterior.)

CA-PE-LLA.

Por todo lo no firmado y E. R. Antonio de Torres.

La Bisbal: Imp. de D. Antonio de Torres, plaza del Castillo, núm. 28.—1866.

— 2 —

folletinista pacífico, que otra vez no saquen tantos fumillos cuando solo se ataca á una clase en general porque no harán mas que disponer mi ánimo para hacer un juicio crítico sobre aquellos tiempos en que por el precio de cuatro reales ó sea entrada y luneta, tuvimos el gusto de asistir á dramas como «Venganza Catalana» y otros por el estilo.

Es cierto que en Barcelona no contaban con artistas para el desempeño del primero, pero aquí, en La Bisbal, los hallamos y mas poetas, mas compositores, mas literatos, que el mismo autor del drama, pues tuvieron la feliz ocurrencia de suprimir un papel que sin duda estaba de más.

Ahora bien: No han leído Vds. las revistas de los diarios *La Corona*, *El Diario de Barcelona*, *La Democracia*, y otros y otros? No han visto como censuran los artistas mas célebres de las compañías lírica y dramática sin que ellos contesten á la publicidad de unos defectos que procuran enmendar? Cuando ni esto sufren Vds., muy alto llegará su orgullo siguiendo á pasos tan agigantados.

Sin ser poeta, conozco las faltas que se cometen en la versificación; como español las comprendo en el idioma, y como aficionado y mas como á periodista (que de todo entienden un poco), las veo en la parte mimica.

Sentado este principio, cuya interpretacion dejo para mis lectores, ya nadie estrañará que solo haya subrayado la palabra *Brillantes* en lugar de lanzar á la publicidad y con esto al ridículo nombres de compatriotas míos, que yo aprecio por este solo hecho y que me daban libertad para hacerlo, trabajando en funciones de entrada.

No se escandalicen por Dios, señores. ¿Green Vds. que con solo formar una sociedad se colocan fuera del criterio? Se engañan. El mismo derecho que Vds. tienen para criticar, gritar, vociferar contra la sociedad del Casino del Teatro (que á esta y no á otra aluden en su célebre artículo) el mismo tendria yo para hacerlo con la de Vds.; pero no lo haré, porque desprecio ciertas habillitas y á ciertas gentes; no al honrado artesano, no al simple jornalero, no al humilde criado, no; porque estos son mis amigos, mis hermanos, y mis iguales, ante la ley y ante Dios; pero la ley anula á los dementes y Dios confunde á los orgullosos: por consiguiente, cuando un hombre por su fatuidad se coloca en estas dos clases debe convertirse en el escarnio y ludibrio de las personas sensatas.

Si un menestral, gracias á su trabajo y á sus ahorros se crea una posición hermosa, independiente, desde la cual respeta y favorece la clase que abandona defendiendo aquella en la cual se ha colocado, es digno de admiración y elogio; pero cuando alguno viste como un caballero, gasta sus haberes en comodidades y en lujo burlándose de los que no pueden seguirle, pretende reunirse, igualarse, tratarse, á los que él denomina con la prosaica palabra *ricos*; y que despues se mete en una reunion de gentes tan honradas como ignorantes, para hacer alarde de liberalismo y filantropía, para maldecir á los que conociéndole no le admiten, para imbuirles ideas perversas y descabelladas, y desesperarles con la pintura de esperanzas irrealizables, es un miserable, un malvado, como lo es, todo el que sacrifica sus convicciones y la tranquilidad agena, en aras del egoismo y de la ambición.

Virtuosos jornaleros, honrados artesanos, no he pensado nunca, ni diré jamás, hablando de vuestra condicion y vuestras riquezas: *El que nació para*

— 3 —

cobre, jamás se convierte en plata: No es nuestro FULVIO tal como lo pintan los *Varios socios* de la hoja suelta, no: porque á FULVIO tambien le consta que en la morada del pobre, se hallan almas grandes y virtudes eminentes; y si bien respeta la nobleza estampada en los pergaminos, admira mas, la traducida en las obras.

Porque sabe que la honradez es respetable aun cuando vaya cubierta con los arapos del mendigo: porque á sus ojos vale mucho mas un destello de virtud que un puñado de oro. A pesar de esto, me ocuparé de vuestras acciones sociales si así lo juzgo conveniente, pero recordad lo que dije en el número 66 y 68. *No penetraré nunca en el santuario del hogar*. No pretendo designar la clase, ni ofender al individuo; así pues, repito hoy como en el número 68. «Me es indiferente que les ofenda ó deje de ofenderles, porque cuando mis escritos disgustan á alguno no faltará quien ya antes se haya ofendido ó cuando menos reido de sus obras.

No será demas una comparación para quien quiera aplicarsela ó aplicarla. Un jóven guapo bien amable, instruido, en fin, un chico de prendas, se halla enfermo de gravedad.

En esto llega un compañero mal intencionado y comienza á affigirle explicándole los gozes de una perfecta salud, describiéndole las diversiones de que le priva su enfermedad y las gracias de una jóven cuyo cariño le ha arrebatado. Despues viene otro sano y gordo como el que mas, maldiciendo la calma y gordura de su vecino, quejándose de la falta de filantropía y compaerismo á causa de que algunos amigos le han abandonado para hacer un viage de recreo é asistir á algun banquete (omite decir que era en su compañía) y se marcha sin dejar un consuelo al pobre enfermo.

Mas tarde entra otro prudente, cariñoso, el que le asiste con esmero y alivia sus sufrimientos moral y físico con la concesion de una débil esperanza fundada en Dios y en la eficacia de unos remedios practicados con constancia. Busca médico, redobla sus cuidados y aumenta sus celo en sacar el paciente de tan lastimoso estado.

Ignoran Vds. señores *Varios socios* que si *al asno se le ven las orejas* al buho se le conoce por su canto por cuya razon quizá habré adivinado quienes fueron los que en comportamiento respecto á los pobres jornaleros, imitaron la conducta del primero y segundo de los amigos, pero no la del tercero: y si en lo de los italianos padeci un error por haberme informado mal, no me equivoco cuando digo, que pasó ha ser cuestion de partido lo que solo pertenecía á la caridad, pues varias personas presenciaron escenas bien desagradables y escucharon palabras impropias del hombre que quiere vivir en sociedad.

Pueden vestir pantalon á lo Quijote, levita á lo FULVIO, y frac á lo CARRACIOLO, si así lo quieren y les gusta, sin temor de que les rasguée los faldones con mi pluma, porque soy de opinion que cada uno se componga como mejor le parezca; pero si les aconsejaré que no hagan con el traje, lo que cierto Caballero con la nobleza: queria ser demócrata, renegaba de los títulos, al mismo tiempo que no escaseaba dineros ni empeños para lograr el de marqués.

Si vestís segun vuestra fortuna y categoría, os felicito por ello; pero si solo obedecéis al deseo de aparentar, no sé si saldreis airosos de vuestro